

Del cogito cartesiano a los criterios “pastorales”

P. Dr. Pablo Rossi, IVE

Las diferentes facultades cognoscitivas (sentidos externos: vista, oído, olfato, gusta y tacto; sentidos internos: sentido común, fantasía, memoria y cogitativa; facultades cognoscitivas espirituales: la inteligencia) se diferencian por su objeto formal. La vista, por ejemplo, tiene por objeto formal el color; el oído, el sonido; etc.

El objeto formal es la razón bajo la cual la facultad conoce sus objetos materiales. La vista conoce amarillo, rojo, verde; pero los conoce como color. Siempre que la facultad está conociendo, el objeto formal está presente como fundamento. La vista cuando ve amarillo, «antes» de ver amarillo ve color; cuando ve rojo, ve color; y siempre que vea, más allá de qué color vea, siempre verá color.

El objeto formal de la inteligencia es el «ente». El ente es lo primero que el intelecto concibe y jamás puede el intelecto pensar algo sin pensar «ente»; del mismo modo que la vista jamás puede ver algo sin ver color.

Terminamos esta introducción explicitando que una facultad no puede tener dos objetos formales. Eso dividiría la facultad, y serían no una facultad, sino dos. Sería como pretender que la vista y el oído fuesen la misma facultad.

En el presente volumen de nuestra revista publicamos un breve, pero extraordinario artículo del padre Fabro. En él nos explica el autor que si bien en todo acto cognoscitivo se nos presenta la interioridad y la exterioridad, ambas presuponen el objeto formal de la inteligencia, que es el ente; y ambas – interioridad y exterioridad– se fundan en el aferrar y aprehender el ente.

El ente, por ser el objeto formal del intelecto, es trascendental a todo conocimiento intelectual: cada vez que con mi inteligencia conozco una cosa, esta cosa no concretiza todo lo que «ente» implica. Conozco un árbol, pero «ente» puede ser muchas cosas que árbol no es. Pasa lo mismo con cualquier otra cosa (manzana, casa, hombre, etc.). «Ente» despierta entonces en el hombre un «hambre» de conocer, porque el hombre busca «concretizado en acto» aquello que «ente» despierta como trascendental. El hombre no se conforma con el «infinito trascendental» que ente ofrece, sino que quiere aferrar el «infinito actual», el Absoluto que es Dios. En otras palabras: lo primero que el hombre naturalmente concibe en su intelecto, el ente, despierta en él un hambre que sólo se sacia con Dios; porque solamente Dios realiza en acto toda la «apertura del ente».

Lamentablemente hay muchos que en vez de buscar a Dios (Absoluto que realiza todo lo que el hombre aspira), piensan encontrar su saciedad en una infinita búsqueda de finitos. Buscan una cosa, buscan otra... apetecen un placer, después otro; pero la sed de Infinito no se les sacia nunca.

Con estas premisas nosotros estamos en condiciones de evaluar la exteriorización del hombre. Si el hombre en su exteriorización no crece verticalmente hacia el Absoluto que es Dios, y se pierde en una interminable exteriorización hacia las cosas finitas; esa exteriorización es mala. En cambio si el hombre, en su exteriorizarse crece en dirección a Dios, esa exteriorización es buena.

Importante notar que la valoración de crecimiento hacia el Absoluto que es Dios la puedo realizar gracias a que aprehendo, ya desde el inicio, el «ente». Juzgo mi exteriorización como un auténtico crecimiento en la medida que realizo, y/o alcanzo, una mayor actualización de aquello que en «ente» está implícito.

El desastre de la filosofía moderna, que hereda el «yo pienso» de Descartes, lleva a tomar como primero y fundamento la

interioridad. Evidente que si la interioridad es lo primero, y por ende el fundamento a modo de objeto formal, y la exterioridad no cae dentro de ella (recordemos que en nosotros realista todo particular «cae» dentro del ente como todo color particular «cae» dentro de color), se multiplican los objetos formales y las facultades: tendría que haber una facultad de la interioridad y otra de la exterioridad. La solución idealista: la exterioridad es interioridad. Se pierde así todo valor objetivo para juzgar las cosas y todo juicio se vuelve subjetivo.

En el idealismo, entonces, el «ente» no sirve como fundamento para cualificar la exteriorización del hombre, y lo único que interesa es el exteriorizarse mismo. Esta falencia espantosa de la filosofía moderna está magistralmente expuesta en el artículo fabriano del presente número.

La transformación operada por la Filosofía Moderna en el ámbito filosófico es operada por el Protestantismo en el ámbito teológico-religioso¹. Lo único que importa es la subjetividad. Ya no hay dogma, sino libre interpretación.

La prioridad de la interioridad lleva en el protestantismo a errores contrarios: el racionalismo que racionaliza a Dios poniéndolo a la altura del hombre, y la doctrina del sentimiento religioso, en donde no importa ya el contenido de lo que se cree, sino el sentimiento.

Estos desastrosos errores se han infiltrado en muchos católicos (teólogos, eclesiásticos con autoridad y pueblo fiel) llegando a la herejía modernista y a su versión actual: el progresismo.

El modo de infiltrarse dentro del catolicismo puede ser variado. Hoy en día se está luchando por imponer una línea herética que podemos llamar «la de la praxis pastoral». No se trata de contestar

¹ Cfr. CORNELIO FABRO, "La spiritualità protestante e il pensiero moderno", In *Dall'essere all'esistente*, Morcelliana, Brescia 1965(2), 71.

los dogmas en cuanto tales, sino de hacerlos inservibles a nivel práctico, optando por soluciones «pastorales» que se basan en principios absolutamente independientes de los dogmas. «No interesa que los sacramentos formen una unidad, y que atentar contra uno sea atentar contra los otros; a los divorciados vueltos a casar les haría bien comulgar (¿en base a qué principio deducirán eso?), y entonces hay que darles la comunión». Entre la doctrina protestante del sentimiento religiosa y la “católica” (en realidad anti-católica) kasperiana del criterio pastoral hay muy poca distancia.

Lo importante es darse cuenta de dónde se remonta el origen del error, el origen del modo herético de pensar. Si no encausamos a la sociedad para que recupere un modo realista de pensar en donde lo primero es el ente y no la interioridad, no se recuperarán los criterios objetivos que permitan un sano discernimiento de las situaciones.